

LOS MILITARES Y LAS LETRAS NACIONALES

En una de nuestras entregas dedicamos las páginas editoriales al recuerdo de ese caballero de la pluma y de la espada que llevara el nombre de Francisco Javier Vergara y Velasco.

Y hoy volvemos, no sobre la figura del egregio general en particular sino, sobre la de tantos que, desde la época de la Independencia hasta nuestros días, discurrieron sobre las páginas de nuestra historia, o de nuestra geografía, ya para enriquecerlas con sus memorias, ya para mostrárnoslas más comprensibles con la profundidad de su análisis, unas veces en el estudio sosegado, otras en la polémica ardiente, otras en fin, en la crítica de carácter profesional y didáctico.

Y hablamos solamente de la historia y de la geografía, no porque militares como el señor General Julio Arboleda, vencedor en Cuaspud, y otros de feliz recordación, hayan dejado de transitar por esos vericuetos de la novela, del poema épico, del soneto parnasiano, amén de la égloga, sino porque la historia y la geografía están íntimamente ligadas a nuestra profesión, de la cual son pilares insustituibles.

Quizá las generaciones militares presentes no hayamos meditado, siquiera por un momento, en los grandes valores que nos precedieron, en esas generaciones que jalonaron de prohombres el desenvolvimiento de la República. Quizá la agitación de la vida actual, la noticia del momento comentada por

las agencias de prensa, la radio, la televisión, los innumerables conocimientos profesionales modernos que a diario atropellan nuestra capacidad de asimilación, hayan restado tiempo para la mirada retrospectiva sobre las obras con que en ciento cincuenta años los militares colombianos han contribuido al enriquecimiento de las letras nacionales.

Por eso hemos querido recordar al menos algunos de los escritores militares desaparecidos más sobresalientes, porque es indudable su valioso aporte a la cultura patria durante nuestra agitada vida republicana.

Irrumpe en el escenario la procera figura del abanderado don José María Espinosa, quien nos regala con la amenidad de sus relatos, la vivacidad de la descripción y el buen decir, en sus Memorias, y más allá el primer historiador militar, el General Francisco de Paula Santander, quien en el relato de la campaña de 1819 o en la defensa de sus actuaciones como gobernante nos deja piezas que enriquecen la historiografía colombiana.

Copa luego el ambiente nacional la discutida terna de tres militares que ya en sus Apuntamientos para la Historia, ya en sus Memorias, en la Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar, dejan sus apreciaciones personales, sus íntimos rencores, el cuadro de la situación del momento vista por su propio cristal: Obando, López y Mosquera.

Pero el gran General va más allá; deja sus pasiones a un lado, para engolfarse en un estudio de importancia vital para Colombia, su geografía, con la cual se constituye en eslabón de esa gran cadena de geógrafos que iniciara el Coronel de Ingenieros Francisco José de Caldas.

Luego el señor Coronel don Joaquín Acosta se aparta del marco de la simple narración personal, para dedicarse a la historia desde un ángulo científico. Su Compendio Histórico del Descubrimiento y Coloni-

zación de la Nueva Granada en el siglo XVI, es ya una verdadera obra histórica, en toda la acepción de la palabra, y, como los Recuerdos Históricos de la Guerra de la Independencia del señor General Manuel Antonio López, cubren estas tres importantes épocas de nuestra Historia Patria.

La turbulencia de nuestras guerras civiles se refleja en las obras de los escritores militares, de su tiempo. Todo el enardecimiento de la pasión, todo el fragor del combate, toda la agresividad de los elementos en la lucha, todas en fin, las características de aquellos tiempos están condensadas en el estilo polémico y vigoroso de los escritores de ese entonces. El señor General Joaquín Posada Gutiérrez con sus Memorias Histórico-Políticas, el señor General Manuel Briceño con sus obras sobre los Comuneros y la Revolución del setenta y seis y la variada gama de sus artículos en el Papel Periódico Ilustrado, el señor General Rafael Uribe Uribe con sus Documentos Militares y Políticos y el señor General Francisco Javier Vergara y Velasco con sus muchísimas obras con las cuales repartió sus intereses intelectuales entre la geografía y la historia son los más altos representantes de aquella agitada época.

Pero como después de la tormenta viene la bonanza, la Escuela Militar de Cadetes fundada en 1907 empezó muy pronto a producir abundantísimos frutos. Los señores Generales Rafael Negret, Carlos Cortés Vargas, Luis Acevedo, Jorge Mercado, y Pedro Julio Dousdebés, tras pacientes estudios investigativos, lograron profundizar en nuestra historia militar con artículos y suplementos de esa gran publicación, que por muchos años fue guía del pensamiento militar de Colombia y de quien es sucesora ésta nuestra Revista de las Fuerzas Armadas: El Memorial del Estado Mayor. Razón tuvo la benemérita Academia Colombiana de Historia para contarlos entre sus miembros, como premio al desvelado esfuerzo, y ellos a su vez la honraron con sus merecimientos.

Sin duda la llama no se ha extinguido. El señor General Julio Londoño y el señor Coronel Leonidas Flórez Alvarez, para no nombrar sino a estos dos valores militares ya consagrados por la crítica nacional, que ha leído ávida sus numerosas obras sobre Geopolítica e Historia, continúan desde la cátedra el derrotero trazado por nuestra Institución desde los no lejanos días de nuestra independencia.

Que esta tradición de servicio a la cultura patria no se extinga y que se mantenga siempre viva en las Fuerzas Militares es el deber ineludible de las nuevas generaciones castrenses cuyo compromiso con Colombia se hace cada día más obligante y más sagrado.